

MARTÍ Y LERDO DE TEJADA

Alfonso Herrera Franyutti

Cuando Martí llega a México en su primera estancia (1875-1876), gobernaba Sebastián Lerdo de Tejada, quién como secretario de la Suprema Corte de Justicia había llegado al poder tras la muerte de don Benito Juárez, ocurrida el 18 de julio de 1872. Al asumir el puesto como gobernante interino, de inmediato Lerdo de Tejada solicita al Congreso que convoque a una nueva elección, de la que sería candidato único y en la que resultaría triunfador. El primero de diciembre de aquel mismo año presenta juramento como presidente constitucional, para un periodo de cuatro años (1872-1876).

De esta manera el antiguo ministro se convierte en gobernante legítimo y prosigue su obra, conserva el mismo gabinete, eleva a rango constitucional las Leyes de Reforma con las que la Iglesia y el Estado quedan definitivamente separados, y promulga otras nuevas, haciendo que todos los funcionarios y empleados públicos protesten guardar y hacer guardar las nuevas leyes. Durante esa época clausuró veintidós casas de monjas y cinco de jesuitas, con gran alarma de la sociedad católica expulsó a doscientas monjas y setenta hombres, entre jesuitas y frailes, además de las Hermanas de la Caridad. Ello lógicamente provocó la contrariedad de los católicos y

los hombres del partido conservador, y así resucitó nuevamente el problema religioso.

El 1º de enero de 1873 Lerdo de Tejada inaugura el ferrocarril de México a Veracruz, que despertó grandes expectativas. Y tratando de destacar la presencia científica de México después de tantos años de guerra, el presidente envió una comisión de científicos mexicanos a Japón, a cargo del ingeniero Francisco Díaz Covarrubias y como relator oficial del viaje a Francisco Bulnes, para estudiar el paso del planeta Venus frente al disco solar.¹

Tal era la situación cuando Martí llegó a México. El país gozaba de un periodo de paz, luego de la Guerra de los Tres Años, y de la Intervención Francesa. Parecía que Lerdo iba dominando la situación, no obstante que las medidas del gobierno no eran del agrado del clero y los hombres del Partido Conservador conspiraban en las sombras.

En tanto, Martí que traía la amarga experiencia de su patria esclavizada, de la breve y frustrada primera república española y el advenimiento de la monarquía borbónica, se encuentra de pronto ante una república democrática y liberal que le abre sus puertas y le ofrece una amplia libertad de acción. Así, poco tiempo después de su llegada, en el mes de marzo, lo encontramos trabajando en la *Revista Universal de Política, Literatura y Comercio*, alineado en las filas del periodismo mexicano, al lado de hombres de la talla de Guillermo Prieto, ex ministro de Juárez; Ignacio Ramírez “el Nigromante”, liberal y ateo recalcitrante; el maestro Manuel Altamirano; Juan José Baz; Felipe Sánchez Solís; Justo Sierra y Juan de Dios Peza. Algunos de ellos pertenecientes a la masonería. De esta manera, el joven cubano se halló inmerso en medio

¹ Véase Marco Arturo Moreno Corral, *Odisea 1874 o el primer viaje internacional de científicos mexicanos*, México, FCE/SEP, 1996 (La ciencia, 15), pp. 27-42.

de un círculo liberal que apoyaba abiertamente al gobierno de Lerdo de Tejada.

Desde las páginas de *La Revista Universal*, donde, entre otras cosas destaca por sus famosos boletines firmados con el pseudónimo de Orestes, va incorporándose a la vida política nacional al lado de los defensores del gobierno. Pero no bastaba pertenecer a aquel círculo político: poco a poco, las ideas liberales y acciones democráticas del gobierno irán ganándolo para su causa.

Por esos días, durante los meses de abril y mayo de 1875, con motivo de la expulsión de tres estudiantes de medicina, se produce en México una de las primeras huelgas estudiantiles de su historia. La situación se enrarece ante la intransigencia de las autoridades de la Escuela de Medicina, lo que hace que se unan otras escuelas a la protesta. Toda la prensa interviene y toma parte en el problema.² Cuando la huelga se resuelve, Martí escribe en el boletín del 11 de mayo reconociendo la acertada actitud del gobierno:

Los estudiantes han vuelto a las cátedras. Se alejaron de ellas porque se negó a sus compañeros el derecho constitucional de recibir instrucción; este derecho se ha reconocido, este error se ha reparado [...] No ha querido el gobierno herir este movimiento entusiasta y generoso; bien ha hecho en no provocar su debilidad, como ha hecho bien en esperar su templanza para facilitar su avenimiento.

Luego, destaca cómo sabiamente, el impulso juvenil –al que considera un movimiento entusiasta–, se ha protegido al procurar una solución honrosa:

² Véase María del Carmen Ruiz Castañeda, *La Universidad libre (1875). Antecedente de la Universidad Autónoma*, 3ra. ed., México, Fondo Editorial Cantera Verde, 1999, p. 18.

En vez de combatirla imprudentemente, el gobierno ha protegido esta exaltación de la dignidad. La ha dejado obrar y le ha procurado una solución honrosa [...] Aunque no hubiera tenido otra importancia, una ha tenido notable el movimiento de las escuelas. El habitante de un pueblo libre debe acostumbrarse a la Libertad. La juventud debe ejercitar los derechos que ha de realizar y enseñar después.³

Coincidentemente, por aquellos días, las ideas democráticas y republicanas de Martí van a encontrar ejemplar impulso cuando observa cómo el Congreso, con motivo de que: “el ciudadano Vicente Riva Palacio, acusa al presidente de violación de una ley militar”, da cabida a la acusación y se erige en jurado para juzgar al presidente de la república. Por lo que, el día 20 de mayo, en un suelto publicado en la *Revista Universal* titulado “El jurado de ayer”, manifiesta: “La sesión celebrada ayer tarde en el Congreso erigido en gran jurado, es de tal importancia [...] que merece ser tratada de una manera especial”.⁴

Al día siguiente, en su boletín del 21 de mayo “El Congreso convertido en jurado” se extiende en el análisis del tema donde Martí expresa sus ideas democráticas al señalar que: “La libertad, ejercía allí la más poderosa de sus conquistas”, pues considera que:

el jefe de un país es un empleado de la nación, a quien la nación elige por sus méritos para que sea en la jefatura mandatario y órgano suyo: [...] El Congreso, juzga al elegido del pueblo exal-

³ “*Revista Universal. Boletín*”, en José Martí, *Obras Completas. Edición Crítica*, t. 2, La Habana, Cuba, 1875, pp. 37 y 38. En adelante, todas las citas de José Martí se referirán a esta edición (OCEC), marcando tomo y página.

⁴ *Ibid.*, t. 4, p. 141.

tado al poder ejecutivo, acusado ante la nación por un miembro del pueblo elector.⁵

Aunque después señala que, la sección del Gran Jurado rechazó la acusación por improcedente.⁶

En su calidad de periodista, Martí es invitado a la inauguración de las clases orales en el Colegio de Abogados, el 22 de mayo. Asiste el presidente Lerdo de Tejada, acto en el cual lo conoce, aunque no sabemos si lo trató personalmente. De aquella reunión manifiesta lo siguiente en su boletín del 25 de mayo, refiriéndose al discurso de Lerdo:

No habló allí el presidente de la República; no era la primera dignidad de la nación lo que ocupaba la tribuna: era un hombre sencillo y modesto que hablaba al Colegio de Abogados en nombre de todos los nobles principios y todas las sólidas ideas que calienta una alta inteligencia democrática.⁷

Luego, reafirmando su independencia de criterio señala:

Ni el discurso del señor Lerdo, ni nada que pudiese parecer lisonja habría nunca en esta reseña para él: pero con palabra sólida y sencilla dijo bien lo que se proponía con sus clases orales el Colegio.⁸

Y continúa, sorprendido de la naturalidad con que se realiza aquel evento democrático, manifiesta:

Era hermoso aquel acto sencillo. El primer magistrado del país que venía a abrir la senda que ha de dar a la nación nuevos y vene-

⁵ *Ibid.*, t. 2, p. 46.

⁶ *Ibid.*, p. 47.

⁷ *Ibid.*, p. 51.

⁸ *Ibid.*

rables magistrados: El hombre que rige el gobierno viene abrir al pueblo los salones donde va a escuchar la libre y no coartada explicación de sus derechos [...] Era grande aquel hombre pequeño, mezclado sencillamente entre los más desconocidos invitados.⁹

Así Martí iría conociendo y penetrando en la agitada vida nacional y, por convicción propia, en la causa lerdista, la cual refleja en cada uno de sus boletines, aunque prudentemente no alude directamente a Lerdo sino, a los efectos políticos de su gestión y a la situación del país. Martí comentaba o respondía a los constantes ataques de la prensa opositora encabezados por *El Monitor Republicano*, *El Abuzote*, *El padre Cobos* y *El Radical* que, abusando de la irrestricta libertad de prensa, atacaban y ridiculizaban a Lerdo, conducta tolerada por el gobierno ya que el presidente consideraba que a la prensa se la combate con la prensa.

Para entonces, como señala Andrés Iduarte: “Mexicano se considera Martí. Y no sólo un mexicano, sino un mexicano con partido. Lo es del gobierno, y como tal ataca repetidamente al caudillismo y a la Iglesia”.¹⁰

En tanto, la oposición a Lerdo de Tejada crecía. Las fuerzas reaccionarias se alistaban. La proximidad de las elecciones agitaba a la oposición soliviantada por el clero y Porfirio Díaz, todo lo cual hace que Martí enarbole su pluma a favor de la causa lerdista en cada uno de los aspectos en que se le ataca pues considera que: “El gobierno es el decoro de la patria, y la patria no debe tener enemigos en sus propios hijos”.¹¹

En su boletín del día 29 de mayo, “Oposición Infame”, se manifiesta contra quienes le critican:

⁹ *Ibid.*

¹⁰ Andrés Idearte, *Martí escritor*, La Habana, Publicaciones del Ministerio del Interior, Dirección de Cultura, 1951, p. 198.

¹¹ Martí, *op. cit.*, t. 2, p. 57.

No es el gobierno en forma alguna inerrable e infalible: loco fuera a su vez él si pretendiera serlo: no pudiera, aunque lo intentase, mejorar su programa en vista de uno que se anuncia y no se le presenta: no puede aceptar medidas que no se le proponen; no puede discutir seriamente con una oposición calumniadora, que se muerde con ira, pero que no sabe la manera de hablar con razón, ni de hacerse oír con entereza, valor, plan concreto, energía respetable, e impotente dignidad.¹²

Martí denuncia las verdaderas y ocultas intenciones de tales ataques:

O se quiere reformar el país, o se anhela el puesto desde que se rige a la nación: aquello fuera nobleza que hay siempre modo de cumplir; esto es ambición bastarda que es noble cuando puede ser medio de un bien, pero que –siendo objeto principal–, no puede el país sensato respetar ni proteger.¹³

Y señala los deberes éticos que una prensa libre y honesta debe guardar en relación con el gobierno.

No existe gobierno invulnerable: la prensa debe ser el examen y la censura, nunca el odio ni la ira que no dejan espacio a la libre emisión de las ideas [...] –Si el gobierno yerra, se le advierte, se le indica el error, se le señala el remedio, se le razona y se le explica; no se tuercen intenciones, se falsean hechos [...] No debe haber oposición constante: debe haber constante, concienzudo examen y consejo. Sin esta alteza de ideas, nadie aspire al respeto común, al dominio firme y duradero.¹⁴

¹² *Ibid.*, p. 55.

¹³ *Ibid.*

¹⁴ *Ibid.*, p. 57.

Así principiaba el cubano a conocer e interiorizar los problemas políticos de México y de su América.

Por aquellos días surgen varios levantamientos cristeros en varios estados de México, pues algunas de las medidas anticlericales tomadas provocaron fuerte rechazo entre los enemigos del régimen y los clericales que se valen de salteadores y plagiarios y no se detienen para cometer los mayores actos de barbarie, asesinar a ciudadanos e incendiar pueblos. “Apatzingán incendiado: Robado Paracho”, publican los diarios. Martí indignado alza su voz, y en su boletín del 2 de junio alcanza la tonalidad de los hombres del Partido Liberal y denuncia abiertamente a quienes recurren a tales medidas:

¡Infames! Pero, ¿no se avergüenzan los católicos mexicanos de acudir para defenderse a estos bandidos prófugos de las cárceles, de estos hombres capaces de toda vileza? ¿a los que no cometen un solo acto que no pueda condenarse con arreglo a la ley común? ¿Qué Dios villano es ése que estupra mujeres e incendia pueblos?¹⁵

Ante el ominoso silencio de la prensa opositora y reaccionaria que calla y no condena estos acontecimientos, Martí manifiesta una vez más:

Pero hablen los periódicos católicos: tenga uno de ellos la imprudencia de proteger esa malvada rebelión [...] ¿Qué hacen los periódicos católicos? –Lo que hacen en todos los tiempos: vestirse con el manto de la piedad; bajar la mirada a estos ojos humanos que se han hecho para mirar de frente a todos; disimular bajo sus vestiduras negras las iracundas palpitaciones de su corazón, y ocultar con las sombras de sus hábitos la sonrisa

¹⁵ *Ibid.*, p. 61.

[...] No basta el hábito: se ve la sonrisa; las llamas del incendio de Apatzingan les iluminan el rostro.¹⁶

La situación se agudiza. Las fuerzas reaccionarias soliviantadas por el clero pasan a la acción, azuzadas por Porfirio Díaz desde Oaxaca que se apoya en ellas. Martí, buen observador, señala la colaboración entre ambas y observa que: “De las ruinas del convento se alzan voces que aconsejan el incendio y la destrucción”.¹⁷

La primera ocasión en que Martí cita a Porfirio Díaz lo hace en forma indirecta, como noticia tomada de otros periódicos: “Decíase hace dos días lo que por fortuna se desmiente: que el general Porfirio Díaz se dirigía a Oaxaca con ánimo de encender allí los rencores contra el gobierno actual”.¹⁸

Tratando de atenuar la situación, el cubano tiende una mano pacificadora en su boletín del 11 de junio y aconseja:

¿Por qué ha de acudirse a medios que manchan con sangre, cuando no se han empleado los medios que ilustran con el derecho? ¿Por qué ha de venir la revolución que mata hombres cuando no se ha empleado la revolución que brota ideas? ¿Así serían acreedores al reconocimiento de la patria los que en su primera era de paz la detienen, la ensangrientan y la perturban?¹⁹

Días después, en otro boletín que titula “Rumores Falsos. El general Díaz”, publicado el 3 de julio en la *Revista Universal*, manifiesta ya en forma directa y personal:

¿Y vertería el general Díaz, sangre de mexicanos liberales sobre los atributos presidenciales que desea? ¿Los gozaría con calma

¹⁶ *Ibid.*, p. 60.

¹⁷ *Ibid.*, t. 2, p. 61.

¹⁸ *Ibid.*, p. 70.

¹⁹ *Ibid.*

después? En el seno de la libertad, ¿es solícito dominarla en provecho propio, llegando a ella sobre cadáveres de hermanos? La tierra misma se alzaría al paso de los combatientes fraticidas?²⁰

El 8 de agosto del mismo año, Martí vuelve a coincidir con el presidente Lerdo de Tejada durante la inauguración de los Establecimientos de Primeras Letras en el cercano pueblo de La Magdalena, a donde acude acompañado del coronel Vicente Villada, director de la *Revista Universal* y de Manuel Mercado. En su boletín “La Magdalena-San Ángel” publicado en la *Revista Universal* el 10 de agosto, Martí hace una pormenorizada descripción de esta actividad, en la que destaca el discurso del presidente.

Habló Lerdo. Bien se sabe cómo habla el ciudadano presidente. Dijo breves, sencillas y útiles palabras. Es raro talento el suyo de allanarse a la situación modesta, sin empequeñecerla por ello. A fe que todos lo entendieron, y que no dijo nada común ni habló de manera vulgar. Es lenguaje sólido: es palabra fácil: el boletinista calla lo que México conoce bien.²¹

Luego comentó que el presidente señaló las ventajas de la instrucción primaria, a la que consideraba la verdadera base de los hombres y del progreso de una nación.

El 30 de noviembre de 1875, cuando Martí era el periodista más destacado de la *Revista Universal*, aparece el último de sus boletines, pues quizás por su carácter de extranjero y ante la situación política que se complicaba, se prefirió mantenerlo alejado de estos problemas. Y el cubano respetuosamente calla para no inmiscuirse en los problemas nacionales.

²⁰ *Ibid.*, t. 2, p. 97.

²¹ *Ibid.*, p. 61.

1875 fue el último año de paz para Lerdo de Tejada. Al inicio de 1876 el movimiento antirreleccionista principia a tomar fuerza, la tranquilidad del país se verá turbada al proclamar los lerdistas la reelección del presidente, no obstante que en los tiempos de Juárez habían combatido ardientemente tal proceder. El sentimiento popular se manifestó adverso. El desprestigio de Lerdo, a quien se acusaba de tirano, comenzaba a hacerse sentir.

El 10 de enero de 1876, Martí asiste a Coyoacán a una entrega de premios, presidida por Manuel Mercado. Martí habló en aquella ocasión, lo mismo que Manuel Mercado quien tuvo que repetir su alocución dos o tres veces y dijo cosas oportunas y simpáticas muy bien recibidas por la concurrencia. “Y algo más pudo verse en los brindis”, escribe Martí en su crónica del día 11 en la *Revista Universal*: “Coyoacán quiere incondicionalmente y con entusiasmo la reelección del Sr. Lerdo para la presidencia de la república”.²²

El 15 de enero de 1876, en Oaxaca, el general Fidencio Hernández proclama el Plan de Tuxtepec, mediante el cual se “desconocía a Sebastián Lerdo de Tejada como presidente de la República, y a todos los funcionarios y empleados designados por él, así como a los nombrados en las elecciones de julio de 1875.” Dicho plan fue aceptado de inmediato por varios estados de la república. Lerdo de Tejada respondió de inmediato declarando a muchas entidades federativas en estado de sitio, cambiando a sus autoridades y enviando a sus tropas contra los sublevados. Porfirio Díaz, que se encontraba en Estados Unidos, atraviesa la frontera y viene a ponerse al frente de su partido, y el 21 de marzo, en el campamento de Palo Blanco, modifica el aprobado Plan de Tuxtepec y proclama como leyes supremas la Constitución y sus reformas, el principio de no reelección, y que él mismo debería asumir

²² “Coyoacán. *Revista Universal*”, en *ibid.*, t. 2, p. 262.

el mando el día en que el jefe de las fuerzas regeneradoras ocupara el Palacio Nacional.²³ Este acto fue seguido de alzamientos en Guerrero, Veracruz, Jalisco y Campeche.

No obstante su silencio sobre la política mexicana, Martí permanece vigilante, con la mirada puesta en la actitud del país del Norte, por lo que, en varios artículos señala y advierte acerca de los peligros de una intervención norteamericana, aprovechando la inestabilidad política del país. En una gaceta publicada el 10 de marzo de 1876 manifiesta:

Las autoridades norteamericanas están interesadas en desacreditar completamente a México en toda su nación para ganarse la opinión, hoy todavía contraria, a toda tendencia en nuestros negocios [...].

En otra comunicación publicada en la *Revista Universal* el 26 de abril de 1876 comenta las opiniones vertidas en el *The Herald* y *The Evening Post* en relación con el estado de anarquía que reina en nuestra frontera, y alza su voz de advertencia ante los peligros que avizora:

Los Estados Unidos codician indudablemente a México y los rebeldes les están dando el pretexto que tal vez en secreto esperan. Los Estados Unidos necesitan probarnos que somos impotentes para dirigir bien nuestros elementos de riqueza: nuestras revoluciones no hacen más que dar argumentos para probar esta impotencia. La lectura de los periódicos norteamericanos nos inspiran graves pensamientos y debe todo hijo de México inspirarlos, porque el exceso de previsión no es seguramente el que ha de llevarnos a la ruina.²⁴

²³ Luis Pérez Verdia, *Compendio de la historia de México-Guadalajara 1946*, pp. 520 y 521.

²⁴ "Los periódicos americanos", en Martí, *op. cit.*, t. 4, p. 277.

En un extenso artículo titulado “México y los Estados Unidos”, publicado el 27 de abril de 1876, Martí convoca a la unidad de los mexicanos para enfrentar la amenaza del exterior y señala que en los Estados Unidos se estimaba que era el momento apropiado para una intervención en el norte de México considerando: “Que el Gobierno de Lerdo no tiene autoridad sobre Tamaulipas, ni sobrepoblación alguna de la frontera, y no tiene soldados sobre la línea divisoria de México, y que el gobierno de Díaz es el que esta en posesión de ese lado del país”.

Por lo que consideraba que era necesario acudir con toda energía a contrarrestar dicha propaganda en el país del norte. Luego manifiesta ya en forma directa: “Faltaba este título de gloria al funesto revolucionario Díaz: no ha visto en su culpable obcecación, que las formas vedaban a los Estados Unidos la invasión en un pueblo que estaba en paz [...]”

Por lo que consideraba que Lerdo de Tejada era ante todo un hombre de Estado distinguido por una gran previsión y cordura y sabría conjurar el peligro. Concluye dicho artículo señalando:

No hay revolución ni lerdismo; no hay generales ni hombres civiles; no hay rebeldes ni leales, no hay más que mexicanos que se agrupan alrededor de quien defiende la patria, y ciegos y traidores que adelantan hacia la ruina. Engañosamente espolcados por los que quieren hacer de México un mercado donde asegurar su vacilante posición mercantil.²⁵

En octubre Lerdo de Tejada se reelige, contra la opinión de antiguos reformistas, y es también desconocido por José María Iglesias, enemigo de la reelección, quien era entonces presidente de la Suprema Corte de Justicia, razón por la que se sentía con derecho a la presidencia de la república.

²⁵ *Ibid.*, t. 2, pp. 276-280.

El 16 de noviembre de 1876 se libra la batalla de Tecoaac en Tlaxcala y las tropas del gobierno mandadas por el general Alatorre son derrotadas por las de Porfirio Díaz. El régimen se derrumba. Ante el revés sufrido, a los tres días la *Revista Universal* cierra sus puertas, y Martí tiene que permanecer escondido por protección en casa de su amigo cubano Nicolás Domínguez Cowan, en previsión de represalias. Todo ello tendría un impacto definitivo en la vida de Martí, testigo de aquellos acontecimientos.

La madrugada del 21 de noviembre, sin renunciar a la presidencia, Lerdo de Tejada abandona la capital, seguido de una pequeña escolta y acompañado de un grupo de amigos entre los que destacan Manuel Romero Rubio, Juan José Baz y Mariano Escobedo. Después de saquear la tesorería, huyen hacia Acapulco donde embarcan en el vapor norteamericano *San Juan*, vía Panamá hacia Nueva York. Lerdo de Tejada no regresaría nunca de ahí.

El 24 de noviembre, entre cohetes y repique de campanas, hace su entrada triunfal a la ciudad de México el general Porfirio Díaz al frente de las numerosas tropas que secundaron el plan de Tuxtepec reformado en Palo Blanco.

Entonces el cubano es acogido en *El Federalista*, donde escribe unas de sus más brillantes y viriles páginas, criticando la actuación del caudillo. Pero ante la nueva situación, Martí ha decidido ir a radicar a Guatemala, pues “con un poco de luz en la frente, no se puede vivir donde mandan los tiranos.”

El 7 de diciembre, en un amplio artículo que titula “*Alea Jacta est*”, ante la desilusión que le causan los acontecimientos, el sufrimiento que ve en el pueblo humilde, y la decisión de Díaz que se apresta a una nueva campaña contra Iglesias que no reconoce a su gobierno, Martí escribe dolorido:

¿Con que al fin es verdad? Con que se vuelven a matar los mexicanos? ¿Con que se ha violado una tradición, derrocando a un

gobierno, ensangrentando un año la patria, para volver de nuevo a ensangrentarla, para desacreditarnos más, para ahogar en germen el adelanto que alcanzábamos, y el respeto que se nos iba teniendo, para hacernos más imposibles a nosotros mismos todavía? [...].

¿Y quien mueve esos ejércitos? ¿Quién carga esos fusiles? ¿Quién lleva a la muerte a esos hombres, robustos que van a la campaña del brazo de sus mujeres, indiferentes y serenos con sus hijos palmeteando y meciéndose sobre sus mochilas? / [...] Es que una facción quiere a levantar a su caudillo a la presidencia definitiva de la república; es que una falange de partidarios azuza a su jefe y lo extravía.

Para señalar enfático: “Una revolución es necesaria todavía: la que no haga presidente a su caudillo, la revolución contra todas las revoluciones: el levantamiento de todos los hombres pacíficos, una vez soldados, para que ellos ni nadie vuelva hacerlo jamás”.²⁶

Tres días después, en un nuevo y viril artículo titulado “La situación”, que también reproduce *El Socialista*, señala los logros obtenidos por el triunfo de los hombres del Plan de Tuxtepec, y se manifiesta comparándolo con el gobierno caído:

¡Ah! ¡cómo parecen buenos aquellos tiempos idos, que lastimaban algunas veces la conciencia! ¡cómo parecen nimios aquellos abusos de impaciencia y la volubilidad de nuestra raza convirtieron en graves atentados!; ¡cómo respetaba la autoridad aquel tirano derrocado, y cómo la vulnera, desdeña y despedaza! es plan que ha venido sobre las alas de la casualidad y la perfidia, a plegar con su peso de errores las libres, férreas alas de nuestra grande águila de México.²⁷

²⁶ *Ibid.*, p. 296.

²⁷ “*El Federalista*, 10 de diciembre de 1876”, [reproducido en *El Socialista*, México, 12 de diciembre de 1876], en *ibid.*

El 16 de diciembre aparece su último artículo, “Extranjero”, en que nos lega su despedida y contesta a los que le recriminan su intervención en la política nacional.

¡Humanidad más que política! ¡Indignación más que miseria! Esta es mi fuerza, aquella mi amor. Por eso me sentí herido en el pecho la tarde que a la luz opaca del crepúsculo, porque el sol mismo le negaba sus luces, en aquel decreto inolvidable en que un hombre se declara por su exclusiva voluntad señor de hombres; por eso cercano ya el día de mi despedida tome amorosamente la pluma de la indignación entre mis manos y escribí “La situación” y otros artículos.²⁸

Y la noche del 29 de diciembre Martí parte hacia Veracruz donde embarca para La Habana de paso a Guatemala, con la experiencia mexicana y el anticaudillismo impreso en el alma.

[Ya en La Habana, el 3 de febrero de 1877, escribe a Mercado]: “Por Manuel Romero, he preguntado a Matanzas. De Lerdo, nada se sabe aquí. –Como V. a mí con solicitud que estimo y pago, tendré yo a V. al corriente de lo aquí se sepa”.²⁹

[Y el día 11, en otra carta le manifiesta]: “No ha venido el Sr. Lerdo a La Habana, ni Manuel Romero ha llegado de Matanzas. Como hay placer en dar corte a la desgracia, no hubiera dejado yo ni dejaría si viniesen, de hacer con ellos lo que por infortunados les debo.”

[Y más adelante le expresa sus temores]: “Veo a México en camino de una reacción conservadora; ni es nueva para V., mi añeja certidumbre de que así había de suceder. –¡Quién sabe si el partido liberal (siempre es una desgracia para la libertad que la libertad sea un partido)”.³⁰

²⁸ “*El Federalista*, 16 de diciembre de 1876”, en *ibid.*, p. 296.

²⁹ “A Manuel A. Mercado. Día 3 de febrero. [La Habana, 1877]”, en *ibid.*, t. 5.

³⁰ “A Manuel A. Mercado. Habana, 11 de febrero, 1877”, en *ibid.*, p. 70.

En tanto Martí los busca en La Habana, durante la segunda semana de febrero de 1877, el vapor Colón atracaba en Nueva York, llevando a bordo como refugiados políticos a Sebastián Lerdo de Tejada, Manuel Romero Rubio, Mariano Escobedo y Juan José Baz, quienes de inmediato se alojan en una elegante suite del Hotel Windsor. Allí llevan una vida discreta, sin salir casi nunca de los alrededores de la ciudad. Más tarde, Lerdo de Tejada se mudó a una elegante casa de huéspedes situada en el 270 de la Quinta Avenida, casa conocida como Lenox House, administrada por una señora francesa paralítica. Reducido a una alcoba, un cuarto de baño y una salita, donde recibía a sus escasos visitantes entre los que destacaban “el caballero indio”, como llama a Martí, Juan N. Navarro, cónsul de México en Nueva York, y a Gonzalo Esteva. A esto había quedado reducido el mundo del ex presidente de México. Y así se diluye su figura para la historia, entre los gobiernos de Juárez y Porfirio Díaz.

En 1880 Martí va a instalarse a Nueva York, donde vive Lerdo de Tejada. Pero nada indica un encuentro o un intento de acercamiento entre ambos, pues Martí respetuoso de la política mexicana y la nueva posición de sus amigos se pone al margen de los acontecimientos del país.

Luego de trece años de discreto exilio en Nueva York, donde pasó la mayor parte de su tiempo, el 21 de abril de 1889, a los sesenta y tres años de edad, silenciosamente fallece el ex presidente Lerdo de Tejada. El cónsul general de México en Nueva York, Juan Navarro, comunica por telegrama a Matías Romero, embajador de México en Washington, que “El señor Lerdo, había muerto a la 1:45 p.m. a causa de una ‘bronquitis capilar’”.³¹

³¹ Frank A. Knapp, *Sebastián Lerdo de Tejada*, México, Universidad Veracruzana, Biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras, p. 404.

Al saberse en México la noticia, Porfirio Díaz, tan implacable con los vivos, como piadoso con los muertos, ordena la repatriación de sus restos a la ciudad de México, y envía al general Mariano Escobedo para que acompañase el traslado del cadáver a la capital, donde llegan el 13 de mayo. Y al día siguiente se verificaron con gran solemnidad sus exequias a las que concurrió el mismo Díaz acompañado de todos los miembros de su gabinete. Los restos de Lerdo de Tejada fueron sepultados en la Rotonda de los Hombres Ilustres, donde se pronunciaron grandes discursos, entre los que destaca el de Francisco Bulnes.

Pendiente de aquellos acontecimientos, Martí permanece en silencio, nada escribe durante tres meses, solo hasta el 16 de junio, en carta a Manuel Mercado manifiesta:

He seguido con curiosidad y ternura las descripciones de los funerales de Lerdo. Nuevo y bello discurso de Bulnes. Y el hecho, de incalculable trascendencia. [Luego señala:] “Hasta muerto, dan ciertos hombres luz de aurora.” También yo lo acompañé aquí, del cementerio al vapor. Yo nunca olvidó el día de la inauguración de la escuela de San Ángel, ni aquel extraordinario discurso del Tívoli, donde dijo usted tan bien sus pocas palabras fervientes y nerviosas.³²

En estas breves líneas, Martí deja constancia de no haber permanecido indiferente, y ser fiel al recuerdo del hombre que, en su etapa mexicana, bajo cuyo gobierno disfruto por primera vez de libertad plena, y vivió quizás las horas más felices de su vida.

³² Martí, *op. cit.*, t. 2, p. 120. El entrecomillado es mío.